



Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo

www.ceid.edu.ar — admin@ceid.edu.ar
Buenos Aires, Argentina

ARGENTINA, ENTRE LA ÉTICA HEROICA Y LA ICONOCLASIA PERONISTA

01/03/2012

Adrián Rocha*

La historia de nuestro país ha seguido, desde la Independencia, una dicotomía radical entre dos modelos políticos e imaginarios que, con los avatares del tiempo, fueron mutando y transfigurando en disímiles rupturas en el interior de cada uno de ellos, pero sosteniendo una continuidad que permitía a la antítesis propia de este modelo binario la imposibilidad de la reconciliación. Podríamos decir, en un sentido lato –y recurriendo al último Adorno–, una dialéctica negativa.

Tal escisión fue explicitada por Horacio González, Director de la Biblioteca Nacional y miembro de "Carta Abierta"¹, en un debate con la ensayista Beatriz Sarlo, a mediados de 2010, en el cual el sociólogo señalaba que en la Argentina existe una tensión entre las dos grandes líneas de su historia. Una de ellas es la denominada tradición nacional-popular; la otra es la tradición liberal-republicana. Esta ruptura diferencial (e irreconciliable), propia del curso histórico-político del país, tiene como cimiento opuestas concepciones acerca de la realidad histórica del mismo; es decir, de su situación dentro del contexto

* *Estudiante de Ciencia Política. Técnico en comunicación y psicología social. Colabora en publicaciones digitales sobre filosofía política.*

¹ "Carta Abierta", si bien se autodefine como "un espacio no partidario ni confesional conformado por personas de la cultura, la educación, el periodismo, las ciencias, el cine, las artes, etc.", constituye un grupo de intelectuales alineados al actual gobierno kirchnerista.

internacional a lo largo de los siglos XIX y XX, y, consecuentemente, antagónicas posiciones en lo que hace a la organización interna.

La tradición nacional-popular fue teorizada por el revisionismo histórico de tendencia peronista, principalmente por Jorge Abelardo Ramos, José María Rosa, Hernández Arregui y algunos ex miembros de FORJA, como Arturo Jauretche, vislumbrando en el peronismo un movimiento de reivindicación de los sectores populares y defensa del patrimonio nacional. Si bien es cierto que el revisionismo en nuestro país fue iniciado por Ernesto Quesada y Adolfo Saldías (ambos de pensamiento liberal), tal corriente devino en una ostensible expresión del antiliberalismo, ya que identificó en las generaciones políticas anteriores al peronismo la entrega del país y la posesión del poder político por parte de una minoría ilustrada. Esta postura del revisionismo histórico encontró en Juan Manuel de Rosas y el federalismo sus propias raíces, concibiendo a las montoneras federales y provinciales como expresión del "espíritu nacional". Influenciando a ciertos sectores del marxismo, el revisionismo también se hizo lugar en la izquierda, lo que dificulta ubicar a la misma en alguna de las dos tradiciones. La corriente denominada "izquierda nacionalista", que tuvo en Jorge Abelardo Ramos a uno de sus mayores representantes, es de clara identificación con la tradición popular, pues es una de sus creadoras a nivel teórico, como se señaló anteriormente. Lo que torna un tanto inextricable la cuestión es el emplazamiento de los sectores ligados al Partido Comunista (PC), tradicionalmente alineado con la Unión Soviética y la Internacional Comunista, deviniendo de esta manera en un caso particular. No obstante, la adhesión de sus cúpulas a las consignas del marxismo europeo permite acercarlos a la tradición liberal, ya que durante la primera mitad del siglo XX siempre se mostró más cerca de los sectores ilustrados, más allá de su apoyo explícito al estanilismo (quizá por el indisoluble vínculo entre el racionalismo típico del marxismo europeo y la aceptación previa del liberalismo como antesala de la transformación socialista). Lo que acercó siempre al PC a los sectores liberales fue la vocación vanguardista de sus dirigentes. Al parecer, una herencia cultural de impronta europea.

Por otro lado, la tradición liberal-republicana, tentativamente, podría decirse que se inicia con el accionar político de Moreno, sus lecturas de Rousseau, Montesquieu y Filangieri y que, con el correr del siglo XIX y las batallas internas del país, fue cambiando hasta adoptar diferentes manifestaciones pero una continua sustancia imaginaria. También metafísica, esta tradición, sobre todo a partir de la generación del '37, tuvo como mayor consigna política al Progreso. La mayúscula es necesaria, ya que evidencia el *telos* fundacional de todo el pensamiento liberal del país hasta la primera mitad del siglo XX.

Si bien la generación del '37 suele ser identificada por los historiadores como la irrupción del romanticismo a través de Esteban Echeverría, el fin último de esta generación fue la apostasía del liberalismo más clásico y la adopción de una ética heroica que a su vez conservara cierto espíritu liberal, proponiéndose como meta histórica lograr la unidad nacional e intentando así evitar las sangrientas disputas que, no obstante, siguieron por varias décadas más. A propósito de esto, el primer diputado socialista electo en América, Alfredo Palacios, señalaba en uno de sus estudios sobre el tema que "Esteban Echeverría fue el reformador"², encontrando en él la *albacea del pensamiento de mayo*, y afirmando que "En medio del huracán de nuestra historia, cuando nadie pensaba, él pensó; pero no lo hacía sólo por pensar; obedecía a su necesidad de organizar y orientar la vida de su pueblo"³.

Claramente, la interpretación que hace Palacios de la relación existente entre la Revolución de Mayo y el pensamiento de Echeverría puede ser leída como una de las figuraciones que la tradición liberal-republicana erigía en torno a la voluntad propia de su ideario. La ética heroica afinsa en la "necesidad de organizar y orientar la vida de su pueblo", siendo evidente así que, para esta tradición, la mejor –y quizá la única– forma de organización de la vida social y política sólo puede ser efectuada a través de las virtuosas acciones de una minoría ilustrada capaz de captar la metafísica profunda del drama nacional, encarnando en sí misma la heroica tarea de organizar la Nación.

No hay mejor fuente que una hermenéutica del propio hermeneuta; en este caso, una doble hermenéutica que permite interpretar cómo uno de los representantes más vastos de la tradición liberal-republicana interpreta al romanticismo de Echeverría en clave liberal. Y seguramente no se equivoca, ya que el desarrollo mismo del relato liberal es heroico; impregnado de honestidad y preocupación por el Progreso. De rechazo al fanatismo, la ignorancia y a todos los vicios propios de la no-civilización, y que entiende que la transformación y organización de la sociedad es responsabilidad de aquellos que en ese momento tienen el saber para llevar a cabo los cambios insoslayables. En el mismo texto, Palacios sostiene que "Es sin duda fundamental la creación de riqueza, pero con ello solo no basta. Hay que pensar –ha dicho Alejandro Korn en su deseo de revisar los fundamentos ideológicos de las Bases⁴– en la distribución equitativa de esa riqueza. La ley de la

² Palacios, Alfredo. *Esteban Echeverría, Albacea del pensamiento de mayo*. Buenos Aires: Claridad, 1955, p. 330.

³ *Ídem*.

⁴ Se refería a la obra *Bases y Puntos de Partida para la Organización Política de la República Argentina*, la obra de Juan Bautista Alberdi (1810-1884) destinada a sentar las bases fundacionales de la República. Alberdi comenzó a escribir la obra tras la

oferta y la demanda no puede regir todavía el trabajo del hombre como si fuese una mercancía”⁵. Nuevamente puede observarse la preocupación de los sectores liberales-progresistas por la denominada “cuestión social”, característica de la época en que Palacios empieza su labor parlamentaria y que, más tarde, lo llevará a consustanciarse más aún con esas causas, como puede notarse en el escrito citado. Lo mismo puede decirse de la alusión que hace: Alejandro Korn, fiel representante de esa tradición que, podríamos decir, culmina su proyecto cultural en la Reforma Universitaria de 1918. No es casual que una de las mayores conquistas de esta minoría ilustrada se vea reflejada en el sector educativo.

No obstante, el proyecto político-liberal más fuerte había terminado de consolidarse en la llamada generación del ochenta, donde un sector específico detentó el monopolio del poder político al mismo tiempo que liberalizó la economía beneficiando a los terratenientes. El país asistió a un desarrollo sin precedentes en su historia pero a un costo humano que, bien sabemos, tuvo su punto más álgido con el accionar militar de Roca en la campaña del desierto.

Al mismo tiempo, la política propiamente dicha ya había generado fisuras irreconciliables. El mismo sector liberal asistió a una crisis profunda con las revoluciones de fines del siglo XIX y la creación de la Unión Cívica Radical. Momento de la fusión entre el caudillismo típico de los sectores criollos y el liderazgo ilustrado que la tradición liberal proponía. Este caudillismo expresa con Leandro N. Alem una forma y con Hipólito Yrigoyen otra. En el primero, se puede hablar todavía de una tradición liberal-republicana; en el segundo, la tradición y el énfasis discursivo adquieren carácter nacionalista y, al mismo tiempo, identificación popular. La misma Unión Cívica, usina del pensamiento liberal-republicano en sus amplias y contradictorias vertientes, generaba así un movimiento disidente donde surgiría el primer líder que podríamos denominar como populista: Hipólito Yrigoyen.

Como dijimos anteriormente, el relato liberal es heroico. Aunque misceláneo y complejo en nuestro país, ese fue el hilo conductor de los imaginarios de gran parte de las elites políticas desde la Revolución de Mayo hasta la primera transformación que sufre con el yrigoyenismo para luego, dialécticamente, generarse su propia negación, que aparecerá con el peronismo.

El historiador Daniel James, quien realizó una investigación etnográfica con los obreros partícipes de los acontecimientos de octubre

derrota de Juan Manuel de Rosas en la batalla de Caseros en febrero de 1852 y fue publicada en mayo de ese mismo año.

⁵ *Ibidem*, p. 331.

de 1945, se pregunta: "¿Cómo debemos interpretar estos sucesos acaecidos en La Plata el 17 y 18 de octubre, y que en diverso grado encontramos reproducidos en los grandes centros urbanos argentinos?"⁶. Señala que "gran parte de ese comportamiento festivo y carnavalesco tenía que ver con lo que podría denominarse una forma de 'iconoclasia laica'. Aplicado en este sentido, el término 'iconoclasia', según los antropólogos, designa 'la destrucción pública y deliberada de los símbolos sagrados con el propósito implícito de suprimir toda lealtad a la institución que utiliza tales símbolos y, además, de anular todo el respeto que se guardaba hacia la ideología difundida por dicha institución'"⁷. Asimismo agrega: "es dable suponer que al transgredir esas instituciones, blasfemar contra esos símbolos y escarnecer las normas del decoro y la buena conducta, las multitudes de octubre estaban poniendo en evidencia la impotencia de dichas instituciones y negándoles autoridad y poder simbólico"⁸.

Preciso y agudo análisis de James, evidencia un clivaje sustancioso en la historia contemporánea de la Argentina: la consumación de la crisis de la ética heroica, propia del pensamiento liberal. Una nueva ética asoma en el escenario político nacional y es la ética de un desprecio hacia todo el sistema institucional-formal que signó la vida política y cultural de la Argentina. Este levantamiento iconoclasta de los obreros del 17 y 18 de octubre marcará para siempre el tono político del peronismo y la ética propia de una cultura peronista: la del rechazo a la tradición liberal en cualquiera de sus formas y la identificación de los sectores populares con retóricas nacionales –y nacionalistas, a veces latinoamericanas–, emancipándose de casi toda la simbología propia de la cultura europea arraigada en el país. La quema de bibliotecas públicas y los ataques a los medios de comunicación dominantes de la época, como el diario *La Nación*, dan cuenta de la imposible reconciliación entre dos imaginarios antitéticos que terminaban de encontrarse cara a cara. El peronismo representaba y significaba la no-identificación por parte de los sectores obreros comandados por Cipriano Reyes con el sistema entero de instituciones que la tradición liberal había edificado. De allí la nunca tan acertada definición de Daniel James, al señalar esos acontecimientos como expresión de un rechazo real e iconoclasta. Tal rechazo es coyuntural porque en él la historia argentina asiste a uno de sus quiebres discontinuos que, sin embargo, mantienen cierta continuidad con las disyuntivas del siglo XIX. Como anteriormente se dijo, los modelos imaginarios van mutando con los avatares de la

⁶ James, Daniel. "17 y 18 de octubre de 1945: El peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina". Publicado en *Desarrollo Económico*, Nº 107, vol. 27, octubre-diciembre de 1987, p. 102.

⁷ *Ibid.*, p. 112.

⁸ *Ibid.*, p. 113.

política y se hacen presentes transfigurando en híbridos a veces difíciles de identificar. No obstante, la irrupción del peronismo evidencia en forma contundente aquella antinomia expresada por Sarmiento en Facundo. Así podemos afirmar que el proyecto de *civilización* de las minorías adherentes al relato liberal no pudo ser, en el sentido en que los obreros y los sectores populares en la Argentina no lograron efectuar el enlace con esas estructuras de sentido⁹ (2011) y, ante esa no-identificación, respondieron con la renuencia propia de una *barbarie libertaria* que no aceptaba el dogma y las exigencias de un relato del cual se encontraban profundamente alejados.

Es en esta dilatada dicotomía cultural que el país sigue tejiendo y creando su historia. En la actualidad las tradiciones han mutado pero también se han conservado. El kirchnerismo es expresión de estas transformaciones. Sus consignas lo evidencian. La tradición liberal-republicana asiste a una crisis capitular; en parte por negligencia, en parte por la eficacia del aparato comunicacional y cultural del kirchnerismo. No obstante, la exaltación del actual peronismo-kirchnerista no tiene el fervor del pasado. El momento histórico al que asistimos es particular; denota la sintonía del electorado y de los sectores populares con un proyecto político de copioso contenido simbólico. El kirchnerismo se inscribe en la continuidad de esa disputa entre las dos tradiciones, expresando la renovación actual de la cultura peronista en su sentido más fuerte. El proceso interno de consolidación de lo que podríamos denominar una nueva forma del peronismo, adaptada a los tiempos que corren, continúa la contienda histórica con una tradición que reclama para el país lo que supo construir alguna vez. En este sentido, ambas tradiciones, la de una ética heroica de raigambre ilustrada y vanguardista, y la de una ética iconoclasta de voluntad contestataria, hacen y construyen la historia misma de la Argentina en una antinomia hasta ahora insalvable.

⁹ Stuart Hall y Paul du Gay. "¿Quién necesita 'identidad'?" (Capítulo 1). En: Stuart Hall y Paul du Gay [compiladores], *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires: Amorrortu: 2011.